

País de poetas, país de pájaros*

Niall Binns**

26-31 de Octubre de 2025, Santiago De Chile

PUEDE QUE NO SEA el hotel más cómodo de Santiago pero no lo cambiaría por ninguno. Desde 1968 existe el Hotel Foresta y ahí está, frente al Cerro Santa Lucía, el “Chelsea Hotel de Santiago” como lo llamó alguna vez el librero y expoeta Sergio Parra, con su personalidad sesentera o setentera intacta, uno de los grandes bares de la ciudad a sus pies, un comedor con vistas inigualables en la séptima planta y un pequeño estudio en cada habitación. Llegué de noche al Foresta y me despertaron temprano, no sé muy bien con qué orden de influencia, el *jetlag*, el ruido de los autos, o el canto para mí inconfundiblemente chileno del chincol. No hace falta que abra los ojos; oigo ese canto y sé que estoy de vuelta y sé, además, que el chincol que estoy oyendo es de Santiago. Porque el chincol tiene subespecies y mientras

389 *

Atenea 533
I Sem. 2026
[... 401]

* Este texto forma parte del proyecto “Biodiversidad poética. Representación de las aves y competencia ornitológica en la poesía latinoamericana” (PID2023-150133NB-I00, financiado por MCIN/AEI/10.13039/501100011033/FEDER, UE).

** Educado en Oxford, Santiago de Chile y Madrid, Niall Binns es catedrático de literatura hispanoamericana en la Universidad Complutense. Es autor de ensayos sobre poesía chilena como *Un vals en un montón de escombros* (1999), *La poesía de Jorge Teillier: la tragedia de los lares* (2001) y *Nicanor Parra o el arte de la demolición* (2014). En torno al impacto literario de la guerra civil española ha publicado los libros *La llamada de España. Escritores extranjeros en la guerra civil* (2004) y “*Si España cae –digo, es un decir–*”. *Intelectuales de Hispanoamérica ante la República Española en guerra* (2020), así como monografías dedicadas a Ecuador (2012), Argentina (2012), Cuba (2015), Uruguay (2016) y Panamá (2022). En el campo de la ecocrítica ha publicado *¿Callejón sin salida? La crisis ecológica en la poesía hispanoamericana* (2004), una traducción y edición crítica de *Aves y hombres*, del angloargentino W. H. Hudson (2022), y *La república de los pájaros. Aves en la literatura latinoamericana* (2026). Es coinvestigador principal del proyecto de investigación “Biodiversidad poética. Representación de las aves y competencia ornitológica en la poesía latinoamericana”. Como poeta ha publicado *Tratado sobre los buitres* (2002) y las antologías *Oficio de carroñero* (2006), *Salido de madre* (2010) y *Brownbird* (2025).



el de la zona central (*Zonotrichia capensis chilensis*) entona el ya sabido “Han visto a mi tío Agustín” (Valle, 1995, p. 11), mi oído deficiente escucha en el de Punta Arenas (*Z. c. australis*) “Han visto a mi ti-ti-tí”, y en los chingolos de Buenos Aires (*Z. c. hypoleuca*) “Han visto a prrrrrrrrrrr”.

Es mi primer desayuno en esta nueva estancia en el Foresta. Hace un día azul de primavera y hay tiuques sobre el cerro. De regreso en mi habitación estoy escribiendo en mi portátil cuando llega de repente un golpe-teo metálico desde el dormitorio. Me levanto a inspeccionar. Sobre el aire acondicionado colgado al exterior un zorzal está picoteando la ventana. Se dice que estos asaltos al vidrio se deben al reflejo; otros lo ven como un presagio de muerte. Para mí este zorzal patagónico (*Turdus falcklandii*) me está dando la bienvenida.

Almuerzo en el Torremolinos, un sobreviviente en la cada vez más gentrificada calle Lastarria, y pido la cazuela de ave de rigor. Echo de menos a Nicanor Parra. Antes, en cada viaje a Santiago tomaba el autobús a Las Cruces. Me decía Nicanor que había que comer lo que cocinaba la mamá y ante todo la cazuela. El vínculo entre comida y escritura me ha interesado desde el año 1995, cuando me tocó entrevistar en Madrid a uno de los grandes de la poesía cubana, Gastón Baquero, que me explicó su teoría sobre las “bases tróficas” de la poesía, según la cual cada uno escribe lo que come. Verlaine llevaba los bolsillos llenos de cerezas mientras que Mallarmé se hartaba de comer ostras, y en cuanto a su maestro, José Lezama Lima, este “comía y bebía barrocamente”, porque fue así como cocinaba su madre (Binns, 1997, p. 140).

Poco tenía que ver esa madre cubana con Clara Sandoval, la madre de Nicanor. Hay algo de cazuela de ave, sin embargo, en la frugalidad verbal de la antipoesía, en su desconfianza ante los excesos retóricos. Escritura y comida y aves se combinan también en otros. Marta Brunet, en el “tratado de arte culinario” que es *La hermanita hormiga* (1931), incluyó más de ochenta recetas con aves distintas, entre ellas “Gallina rellena”, “Ganso en asador”, “Gallineta en salsa”, “Pajaritos con moscatel”, “Palomas asadas”, “Pavo borracho”, “Pato delicioso”, “Perdices a la Perigord”, “Torcazas con ají”, “Tórtolas al canapé con salsa de hígados” y “Zorzales exquisitos” (pp. 155-181). La receta para estos era la siguiente: “Se preparan los zorzales, cortándoles las alas y el cogote, se sazonan y se rellenan con puré de castañas y mantequilla desleída, bien trabajadas ambas cosas. Se envuelven los zorzales en una lonja grande de tocino con la cual se cuidará de impedir

que el relleno se salga y se ponen al horno, cuidando de darlos vueltas para que queden dorados por parejo” (p. 181). Se servían con una salsa de caldo, jamón y pimienta blanca.

Y qué decir de Pablo de Rokha y su *Epopeya de las comidas y las bebidas de Chile*: “Los pavos grandazos que huelen a verano y son otoños de nogal o de castaño casi humano, los como en todo el país, y en Santiago los beso / como a las tinajas en donde suspira la chicha...” (de Rokha, 1965, p. 71). Hay un pantagruelismo barroco en todo de Rokha, como lo hay, de otro modo, en su enemigo íntimo Neruda, que en *Comiendo en Hungría* (1969) relató el viaje que hizo con Miguel Ángel Asturias, de taberna en taberna, de restaurante en restaurante saboreando la riqueza de la cocina húngara. Ahí se ven una pequeña oda al foie gras (“¡Hígado de ángel eres!”) y la celebración de una comilona durante la que Neruda pidió, extasiado: “¡Venga el faisán que aquí comimos a mediodía: deje el ave pentacolor su vestido de fiesta y tráiganos el regalo de su apretado cuerpo y su aroma insurrecto!” (Neruda, 2001, pp. 187; 195). En mi última visita a la Chascona me sorprendió encontrarme con una familia de codornices, los padres y ocho polluelos. Costó creer que vivían allí libremente pero así era. La codorniz, como su nombre científico sugiere (*Callipepla californica*), es una especie norteamericana y se introdujo en Chile hacia finales del siglo XIX. Poco habría durado esa familia seis décadas antes. A fin de cuentas, en su *Canto general* el poeta glotón no sé si pidió o exigió: “Dame unas codornices de cacería, oliendo / a musgo de las selvas” (Neruda 1999, p. 828).

No estoy solo de paseo en Chile. Paso días en la Biblioteca Nacional, donde busco aves en la poesía de Edmundo Herrera (*El paraíso de los pájaros*, 1971) y de León Ocqueteaux, en cuyo libro *Manzanas robadas* (1992) me sorprende la condensación haikuesca de ciertos recuerdos en “Mercado de Ancud”: “Aún me persiguen / los ojos tristes del choroy, / que no pude comprar en el Mercado de Ancud” (Ocqueteaux, 1992, p. 25); y en “Gorriones”: “Ya nunca más quisiste salir de caza, / en homenaje al pobre gorrión entumecido / que mataste una escarchada mañana de junio de 1943” (p. 25). Me pongo, sobre todo, a leer y releer a Malú Urriola, que murió de manera tan terriblemente prematura y cuya poesía estaba en vías de transformación en sus últimos libros. *Dame tu sucio amor* (1994) debe de ser de los escasísimos poemarios en los que no figura ni un solo pájaro, pero algo cambia en *Cadáver exquisito* (2017), hay una nueva sensibilidad

hacia la naturaleza no humana, y sobre todo en *El cuaderno de las cosas inútiles*, escrito después de que la poeta quedara atrapada en Madrid durante la pandemia de Covid. Allí vivió la experiencia de una primavera española y sobre todo la llegada del más estridente de los pájaros migrantes: el vencejo. Asentada en un balcón o detrás de una ventana, la poeta registra el mundo que la rodea: “Los ciruelos brotan impasibles. / Por la calle ruedan pequeñas esferas de nieve, / las fronteras cierran, / los aviones besan la tierra, / el miedo bebe un *vermouth*, / las ambulancias aúllan, / los vencejos sobrevuelan la plaza” (Urriola, 2022, p. 16). Atenta a todo, observa y escucha. “Estalla el silencio, cruza un vencejo la lluvia”, escribe (p. 20). Va captando las “acrobacias” aéreas de los vencejos (p. 29) y hasta se identifica con ellos: “puedo dormir volando como un vencejo” (p. 37). Es un hecho que los vencejos duermen volando. En realidad viven su vida entera volando; hasta copulan volando. Solo “aterrizan” cuando anidan debajo de los tejados, y si caen al suelo son incapaces de levantarse. *Apus apus* se llaman en latín. Literalmente, “sin pata sin pata”. Con las patas casi inexistentes, les falta musculatura para despegar.

La obsesión con las aves, como todas las obsesiones, es peligrosa. Me imagino en un futuro no demasiado distante monologando a solas sobre aves en medio de una fiesta. Ceno con mi amigo Patricio Lizama y recordamos los días memorables que pasamos con Pedro Lastra y su mujer Irene Mardones en Punta Arenas en 2009, y sobre todo dos momentos mágicos. Visitamos la pingüinera del Seno Otway, con su imponente colonia de pingüinos magallánicos (*Spheniscus magellanicus*). La pingüinera se cerró pocos años después ante la desaparición progresiva de las aves, provocada por las secuelas ambientales de una megamina de carbón, de la industria salmonera, y posiblemente también de una excesiva explotación turística de la reserva. El segundo recuerdo es el de la cena que preparó nuestro querido anfitrión, Óscar Barrientos, autor de una hermosa novela breve *El correo del viento* (2022) que tiene entre sus protagonistas a un zarapito boreal (*Numenius borealis*), una especie cuya migración anual lo llevaba de la tundra canadiense a Tierra de Fuego pero que hoy se cree extinta. Se vio por última vez en Chile en 1913. Óscar nos sirvió un pollo preparado, se diría, a la inglesa, bien sellado por fuera pero sangrante por dentro. Lo comimos a medias y sufrimos, al día siguiente, las consecuencias. Si los escritores son lo que comen, no sé qué decir de Óscar. Cuando nos vimos por

última vez me recordó entre risas ese “sushi de pollo” que estuvo a punto de liquidar a sus invitados.

Interludio argentino Buenos aires y La Plata (31 de octubre – 6 de noviembre)

Hay pocas ciudades tan caminables como Buenos Aires, sobre todo cuando los jacarandás florecen y vibran las plazas con el canto de los zorzales. No es el zorzal patagónico que se oye en Chile, sino el colorado (*Turdus rufiventris*), que es un cantor muy superior y hace que uno entienda que a Gardel lo llamasen el zorzal criollo.

En el camino de La Plata veo a numerosos caranchos (*Caracara plancus*) posados en los árboles y las farolas al acecho de algún animal atropellado. Atravesamos tierras de W. H. Hudson, o “Guillermo Enrique” como lo llaman aquí, y pasamos de hecho por la localidad de Guillermo Enrique Hudson, aunque él nació en realidad más al oeste y aún existe su casa natal, que hoy es un museo. Hay un momento memorable en *Allá lejos y hace tiempo*, el libro de memorias más bello que conozco, cuando el niño trepa por un duraznero donde hay un nido de caranchos. Les tenía pánico: los había visto aprovechar la indefensión de una cerda parturienta para comerse los lechones. Ese nido, sin embargo, lo fascinaba y sentía unas locas ganas de robarles un huevo, pero en el momento de asomarse al borde del nido oyó el grito de los caranchos y los vio entre las ramas volando en su dirección a toda prisa. Se dejó caer al suelo y volvió corriendo a la casa (Hudson, 1980, pp. 239-241). Son aves majestuosas, grandes depredadoras y grandes carroñeras.

Para coronar mi almuerzo en un viejo bodegón de La Plata, pido como postre un chajá. Está delicioso: un bizcocho con merengue, crema doble, durazno y frutilla. El chajá es una de las aves más singulares de la zona rioplatense (*Chauna torquata*): un ganso grande con aspecto de dinosaurio, con una cresta y con largas patas rosadas. Su reclamo es tan agudo y potente que el nombre en inglés es *crested screamer*: copetudo chillón. Pregunto a la camarera por qué se llama así el postre, ella se lo pregunta al cocinero, pero no saben decirlo y lo he tenido que buscar. “Chajá” en guaraní significa “¡vamos!”, “¡escapa!”, y así es el grito de los padres si se

acerca amenazante un carancho u otra rapaz. El postre, de todos modos, es un invento uruguayo de comienzos del siglo XX; en 2023, en TasteAtlas, alcanzó el lugar 30 entre los mejores postres del mundo.

Voy por la tarde al Museo de las Ciencias Naturales, un lugar extraordinario que fue inaugurado en 1884, un par de años después de que se fundara la ciudad, y tiene una colección impresionante de aves disecadas. En un lugar de honor hay un retrato de Hudson, que antes de que existieran museo y ciudad se inició en la ornitología cazando aves en estas tierras para enviar sus pieles a la Zoological Society de Londres. A la salida del Museo, recorro el parque y me alegra encontrar uno de los pájaros más bellos de la zona (y uno de los favoritos de Hudson): un cardenal copete rojo (*Paroaria coronata*).

Estoy aquí por un congreso dedicado a “Cruces transhemisféricos”, donde me toca hablar de especies invasoras en la poesía. La historia de los gorriones, sobre todo, me apasiona. Fueron llevados a Estados Unidos y Argentina para matar a los escarabajos que depredaban las cosechas, pero aprovecharon la invitación para ocupar el lugar de los insectos que mataban y ponerse las botas, ellos mismos, con las cosechas. Como era lógico, la bienvenida se transmutó en una persecución feroz. La alentaron escritores nacionalistas que comparaban la especie foránea con los inmigrantes que repudiaban con la misma saña. Para que saliera alguien en su defensa del gorrión hubo que esperar hasta los años veinte, cuando en sectores marginales del mundo del tango (Gardel y sus “Gorriones”) y entre los poetas inmigrantes del grupo Boedo surgieran voces que se identificaban con el pájaro supuestamente “invasor”.

7-10 de noviembre, Osorno

Visito a mi amigo Roberto Chacana, que vive a las afueras de Osorno y debe de ser el que más sabe en Chile de Kafka, Cortázar y Bolaño. Mientras prepara un asado que hartaría hasta al propio de Rokha, presenciamos una fascinante lucha de poder entre los treiles del jardín. El *Vanellus chilensis* tiene un primo hermano en Europa que se llama avefría (*Vanellus vanellus*), de aspecto y costumbres muy parecidos, pero hay una diferencia clave que asombró a Darwin. La avefría no tiene los espolones en sus alas de estas aves americanas que lo perseguían chillando por las llanuras

del sur. “Parecen odiar al ser humano”, escribió, “y estoy seguro de que ellos mismos merecen ser odiados por sus ásperos, incesantes y siempre iguales chillidos” (Darwin, 2009, p. 128, trad. propia).

El drama que observamos en el jardín de Roberto es el siguiente: hasta la semana anterior una pareja de treiles vivían allí, felices y tranquilos (dentro lo que puede ser la tranquilidad para un ave de naturaleza tan inquieta). Eran dueños absolutos del césped. Hubo, sin embargo, una invasión de treiles forasteros que desembocó en una batalla campal, a cuyo término quedaron la pareja de antes pero también un tercero. La pelea dejó cojo al macho de antes, al que bautizo como Nicolás. A lo largo del día, sin descanso, Nicolás persigue rengueando al treile intruso, que no pierde la oportunidad de aproximarse a la hembra. Cada vez que siente a sus espaldas a Nicolás, en vez de confrontarlo evita el conflicto y se aleja con paso decidido, echando sobre el hombro miradas altaneras al tullido, y cuando ya ambos se han apartado cierta distancia de la hembra levanta el vuelo y regresa a su lado. El empeño de Nicolás es tenaz y agotador. Mientras avanza el día, su cojera empeora. Los miro fascinado. Roberto me interrumpe. Está cantando una tenca, me dice. Qué bueno. Tengo ojos solo para Nicolás.

10-13 de noviembre, Ancud

Recuerdo mi primera visita a Ancud, en febrero de 1992. Desde la mesa del desayuno en un hotel del puerto presencié un espectáculo curioso. Una pareja de gaviotines no se cansaba de hostigar a un pingüino. Caía en picado el primero, obligando al pingüino a zambullirse para evitarlo, y en cuanto volviese a la superficie ya estaba el segundo cerniéndose sobre el agua y listo para repetir el ataque. Debe de haber durado media hora ese asalto doble a un pingüino a todas luces indefenso.

Pero basta de ponerme sentimental con nicolases y pingüinos.

En el jardín de mi amiga, la poeta Rosabetty Muñoz, paso una tarde oyendo desde un valle cercano el canto de un chucao, un ave conocida formalmente como tapaculo chucao (*Scelorchilus rubecula*), y observando y escuchando al hermoso pájaro de plumaje amarillo y cabeza y plumas primarias grises que se llama cometocino (*Phrygilus patagonicus*). Es una desgracia. ¿Qué poeta cantará al tapaculo o al cometocino?

Me lleva de excursión pajarera Katya Lira, una fotógrafa de la colectividad “Rayados por las Fotos”, y pasamos un día de grandes avistamientos. Vemos patos reales y colorados, y un elegantísimo run-run macho (*Hymenops perspicillata*). En Argentina lo llaman pico de plata: su pico plateado brilla en contraste con el plumaje negro; en inglés es *spectacled tyrant*, tirano con anteojos, porque la piel desnuda en torno al ojo amarillo ofrece la impresión de que lleva gafas. Cuando vuela el run-run se hacen visibles las extremidades blancas de sus primarias. Hay pocos espectáculos aviares tan deslumbrantes, sobre todo en estas semanas cuando le toca al macho pavonearse con su vuelo de cortejo. He buscado imágenes de Gilbert Favre, el “Run-Run” de Violeta Parra, para ver si llevaba gafas en las fotos, pero no; el nombre se debe solo a los hábitos migratorios del pájaro.

Almorzamos en un restaurante con vistas sobre la bahía Puñihuil y vamos después a playa Caulín, donde hay cisnes coscoroba (*Coscoroba coscoroba*) –Katya me señala la onomatopeya de su reclamo: *cos-co-ró*, *cos-co-ró*– y cuento hasta doscientos cisnes de cuello negro. Estoy acostumbrado a leer sobre las amenazas al *Cygnus melancoryphus* desde ese poema pionero del ecologismo, “La fuga de los cisnes” (1906), en que Augusto Winter lamentó que habían abandonado el Lago Budi, hartos de ser perseguidos. El propio Winter era uno de los cazadores y hasta tenía una fábrica de conservas de aves exóticas. Luego está esa otra historia, del desastre de 2004 cuando murieron casi todos los cisnes valdivianos al contaminarse el río Cruces por culpa de la planta de celulosa Arauco. Vuelvo a contarlos y me sale el mismo número: exactamente doscientos cisnes de cuello negro. Son los que huyeron de Valdivia, me comenta un amigo.

13-15 de noviembre, Valdivia

La última vez que estuve en Valdivia la mayor de mis dos sobrinas chilenas, Maite Galindo, me dijo: “Tío, te voy a llevar a un lugar especial” y fuimos de paseo al Parque Urbano El Bosque. Presenciamos en el camino un espectáculo inigualable: una bandada de choroyes (*Enicognathus leptorhynchus*) cebándose con las flores de un notro. Era, para nosotros, un festín para la vista y el oído.

Eliseo Diego tiene un poema titulado “El sitio en que tan bien se está”,

en que habló de su barrio en la ciudad vieja de La Habana. Cada persona tiene su propio puñado de sitios en que tan bien se está. Si sumo los míos tal vez llegue a diez, y aquí en Valdivia están dos de ellos. Uno es el mercado fluvial, otro festín sensorial. Me recibe a la entrada del mercado una conmoción histérica de tiuques y gaviotas. Hay un carancho o traro rondando por ahí y para ellos, tiuques y gaviotas, es un intruso más que indeseable. Lleva en el pico una cabeza de pescado y lo persiguen hostigándolo hasta que lo deje caer. Cae a mis pies. El traro aterriza a unos diez metros de distancia, cerca del río, y avanza hacia mí. Me escruta con rabia. Quiere desesperadamente esa cabeza de pescado. La pateo para que esté a medio camino entre los dos. Duda, sus ojos flameando con una hostilidad incontenida, pero no se atreve. Doy un paso atrás, y ahora sí, se adelanta corriendo –porque los traros corren–, lo agarra en su pico y sale volando, ahuyentado de nuevo por la conmoción de tiuques y gaviotas. Hay muchos caranchos alrededor de Buenos Aires; encontrar uno en el centro de Valdivia es un regalo.

A la salida del mercado paso minutos observando la beligerancia de las gaviotas cahuiles (*Chroicocephalus maculipennis*) en torno a cada pedazo de pan que les tira un anciano. Veo una pareja de hualas (*Podiceps major*) zambulléndose en busca de pececitos para su polluelo. Luego camino al terminal de micros para dirigirme al segundo de esos sitios en que tan bien se está o tan bien estoy: la playa de Curiñanco. “Curiñanco”, me han explicado, significa aguilucho (*ñamkú*) negro (*kuri*), es decir, lugar de jotes, y ahí están estos, siempre, para recibir al que llega. Hay una rara (*Phytotoma rara*) cantando en un jardín de la calle principal. Amo las raras, con su canto tan singular que suena a serrucho, con el rojo perturbador de su mirada, y me encanta que se hayan utilizado su nombre y su imagen para uno de los podcasts más premiados de Chile, “Las Raras”. Paseo por la playa de Curiñanco hasta llegar al final. Están los pilpilenes (*Haematopus palliatus*) y los zarapitos (*Numenius hudsonicus*), que tanto se parecen a nuestros ostreros (*Haematopus ostralegus*) y zarapitos (*Numenius phaeopus phaeopus*) del norte. Pienso que podría estar en Escocia. Vas al Jardín Botánico de Edimburgo, atraviesas en el invernadero victoriano los ecosistemas selváticos y desérticos de Asia, África y América y llegas por fin al jardín chileno, pero para hacerlo hay que salir primero del invernadero porque el clima de Escocia y el del sur de Chile son el mismo.

El año pasado tuve el honor de estar en la Universidad de la Frontera para formar parte del jurado del premio Jorge Teillier que ganó Tomás Harris. Pude compartir con Rosabetty Muñoz, José Manuel Rodríguez y Juan Manuel Fierro, que hoy es rector, y también con Mary Mac-Millan, profesora de la Universidad Adolfo Ibáñez. Parecía una especie de confabulación celta que ganase Harris con Mac-Millan y Binns en el jurado. Nos regalaron en esa visita una bella escultura de una bandurria (*Theristicus caudatus*), que guardo sobre mi escritorio en Madrid. Es el símbolo de la Universidad de la Frontera (UFRO) aunque según me cuentan se está convirtiendo en una plaga. Hay bandurrias por todas partes hurgando en la basura. Molestan por este comportamiento propio de un carroñero, por la cacofonía de sus graznidos, por el crecimiento exponencial de la especie... pero no estaría mal recordar que son tresquiornitinos; es decir, pertenecen a la misma familia que el ibis sagrado de los egipcios (*Threskiornis aethiopicus*). Merecen un poco de respeto.

Después del fallo del premio Teillier, me llevó mi amigo Luis Abarzúa en un par de memorables excursiones. Subimos a la cordillera, pasando por Lautaro y la casa de Teillier, y después de un paseo entre volcanes vimos en el río Cautín, junto al Salto del Indio, la maravilla de una pareja de los patos más bellos que he visto jamás, los patos correntinos (*Merganetta armata*), zambulléndose en los rápidos. Al día siguiente visitamos la tumba de Omar Lara en el cementerio de Nueva Imperial, donde una tenca (*Mimus thenca*) desplegaba toda su destreza vocal. Nos contaron que había un premio nacional enterrado allí y no tardamos en encontrar el mausoleo de Juvencio Valle, otro amante de las aves y autor de *Pajarería chilena* (1995). Seguimos en dirección de Puerto Saavedra y tuve la suerte de captar desde el auto la aparición fantasmal de un bailarín (*Elanus leucurus*) cerniéndose sobre un prado. Recorrí por primera vez las orillas del Lago Budi, con sus cisnes (que sin Winter han regresado), sus pidenes y sus martines pescadores, y hacia el atardecer, en Puerto Saavedra, pude conocer brevemente al hombre pájaro, el *üñümche* Lorenzo Aillapan. Busco algunas onomatopeyas de sus poemas en mapudungun. De la rara o “kamtrü”: *Kütrürrrrr kütrürrrrr -rara-rará rararará*; del cisne: *Piu piu piu piu wikür wikür wikür wikür* (Aillapan, 2003, pp. 146). Las de la tenca son las más interesantes porque varían de

un estribillo a otro, como corresponde al gran mimo de las aves de Chile: *Wünul: Kototron – Trayay – Trililin / Newengen – Yafüngen – Wünelen*; luego *Wüniil: Kototron – Deumakan – Sebastian füttra trontron / Kunturay tralka matra – füttra dollüm-madakal*, etc. (p. 12).

Me han invitado a dar una charla sobre “Poéticas de la extinción” en la UFRO, y me encuentro allí con Elicura Chihuailaf, al que he visto hace poco en Madrid. No dejo de emocionarme al oírlo leer. Caminamos juntos al centro de la ciudad y me cuenta cuánto le han maravillado, en sus viajes recientes a Europa, los vencejos. Sus ires y venires, su rapidez. Vencejo en inglés es *swift*, y *swift* significa veloz. Conquistaron a Malú, están conquistando a Elicura. Hace tiempo conquistaron a Miguel de Unamuno: “Han vuelto los vencejos; / las cosas naturales vuelven siempre” (Unamuno 1909, p. 217). No es cierto. Ya dejaron de llegar los vencejos a Londres; cada año se ven menos en el cielo de Madrid.

20-24 de noviembre, Concepción

Llego por la tarde a Concepción, donde me han invitado a participar en un Seminario en Estudios Críticos de la Producción Cultural, donde doy una charla titulada “La República de los Pájaros”. Parto de unas palabras de Mistral, “el aire de la América nuestra está más lleno de pájaros que el aire de otros Continentes”, e intento explicar por qué hay tantas aves en la poesía. ¿Será porque las vemos y las oímos más que a otros animales, ya que nos tienen menos miedo y se escapan volando cuando hace falta? ¿Será por su vistosidad, por su capacidad de cantar y la belleza de sus cantos? ¿Será porque saben volar y nosotros no, o porque nos identificamos con ellas en sus migraciones? ¿Será porque las enjaulamos como mascotas o porque nos alimentamos de ellas? ¿Será por su presencia en las mitologías clásicas, las grecolatinas, y las de los pueblos originarios de América? ¿Será porque ejercen como símbolos en nuestra habla y en nuestras formas de entender el mundo? ¿Será porque apreciar la biodiversidad de las aves es un primer paso para poder amar y entender y querer defender los lugares que habitamos? ¿Será porque nuestra identidad se afianza a través de las aves: el cóndor del escudo de Chile (en agitada convivencia con el huemul), el águila calva de Estados Unidos, el hornero argentino o el tero de Uruguay? ¿Será

porque son indicadores ambientales y cuando dejen de cantar, cuando las primaveras se vuelvan de verdad silenciosas, sabremos definitivamente que las cosas se han ido al carajo?

Cuando acepté la invitación de mi amiga Clara María Parra, que investiga sobre la “fitopoesía” (como yo, supongo, sobre la “ornitopoesía”), le puse una condición: que me llevara de excursión a la desembocadura del Bío Bío. Es un paraíso de pájaros. Pasan bandadas de pelícanos, hay gaviotines y piqueros pescando. Vamos después a Lenga, donde montamos en barco para recorrer la costa hasta llegar a playa Ramuntcho, capitaneados por un perro intrépido que debe de hacer esta misma ruta una docena de veces por día. Vemos en el camino a los patos lile (*Phalacrocorax gaimardi*) en sus nidos y también, en una cueva, a cuatro pingüinos de Humboldt (*Spheniscus humboldti*), una especie que está “en peligro”. En el humedal de Lenga ya se están congregando para pasar la noche una muchedumbre de aves y tengo mi primer avistamiento de un rayador (*Rynchops niger*). Al comienzo no creo lo que estoy viendo. Parece una gaviota disfrazada de payaso. Negro en su plumaje superior y blanco por debajo, tiene un pico rojo enorme, completamente desproporcionado en relación con su cuerpo. A diferencia de los gaviotines, que caen en picado para pescar, el rayador vuela rozando la superficie del agua con su mandíbula inferior en busca de pequeños peces, crustáceos e insectos.

25-29 de noviembre, Iquique

He recibido una invitación de mi amigo Ricardo Espinaza, director de investigación de la Universidad Arturo Prat, y de Simón Villalobos, el encargado de la Editorial Universitaria, que ha preparado una antología de mi poesía. Es mi primera visita a Iquique desde 1991 y en una charla sobre “Competencia ornitológica y biodiversidad literaria en la poesía hispanoamericana” hablo de los ruiseñores, alondras y cisnes blancos que han sido los protagonistas de tanta poesía americana, y de los esfuerzos poéticos por librarse de la dependencia europea y mostrar la biodiversidad propia.

La costanera de Iquique al atardecer es impresionante. Bajan los yecos (*Nannopterum brasilianum*) para pernoctar en las palmeras. Son muchísimos y se adjuntan en parejas en las ramas de las palmeras, sublevándose los unos contra los otros, arremetiendo con bruscos movimientos de sus largos

cuellos. Hay algo serpentino en estos ataques, pero lo que más me asombra es el ruido que hacen, el croar ronco que resuena desde todas las palmeras del paseo. Es como estar en medio de un coro multitudinario de sapos.

Llega mi último día. Estoy en la octava planta de un hotel. He desayunado y saldré muy pronto para la presentación de la antología *Brownbird*, para la que Juan Manuel Fierro ha escrito un prólogo que me conmueve. Estoy repasando alguno de los inéditos, preparándome para leerlos en voz alta, cuando suena algo extraño. Giro para mirar. Hay dos jotes de cabeza colorada en el alfeizar de la ventana, visibles detrás de la cortina translúcida. Agarro mi celular y avanzo de rodillas filmándolos. Uno se asusta y se va; el otro permanece. Sigo filmando hasta estar junto a la ventana. Allí está el jote. Su nombre en latín es genial: *Cathartes aura*. Es el gran purificador; ejerce en el paisaje esa catarsis que según Aristóteles es el efecto deseado de toda obra poética. Se trata, sin embargo, de una de las aves más vilificadas de las Américas, como sucede con los buitres en todas partes.

Corro la cortina y sale volando el *catarthes aura* para reunirse con sus compañeros entre las chimeneas del edificio de enfrente. Lo tengo claro. Llegó un zorzal hace cinco semanas para darme la bienvenida; los jotes han venido para despedirme.

Referencias

- Aillapan Cayuleo, L. (2003). *Üñümche. Hombre pájaro*. Pehuén.
- Binns, N. (1997). Dos visiones de la poesía cubana del siglo XX: Gastón Baquero y Pío E. Serrano. *Barataria: revista de creación literaria y de filología*, 4, 137-145.
- Brunet, M. (1931). *La hermanita hormiga: tratado de arte culinario*. Nascimento.
- Darwin, C. (2009). *The Origin of Species and The Voyage of the "Beagle"*. Vintage Books.
- de Rokha, P. (1965). *Epopéya de las comidas y las bebidas de Chile. Canto del macho anciano*. Universitaria.
- Hudson, G. E. (1980). *La tierra purpúrea. Allá lejos y hace tiempo* (Trad. Idea Vilarriño). Ayacucho.
- Neruda, P. (1999). *Obras completas I. De "Crepusculario" a "Las uvas y el viento", 1923-1954*. Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.
- Neruda, P. (2001). *Obras completas IV. Nerudiana dispersa I, 1915-1964*. Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.
- Ocqueteaux, L. (1992). *Manzanas robadas (poemas)*. Arancibia Hnos. y Cía Ltda.
- Unamuno, M. de (1909). *Teresa. Rimas de un poeta desconocido presentadas y presentado por Miguel de Unamuno*. Renacimiento.
- Urriola, M. (2022). *El cuaderno de las cosas inútiles*. Cuarto Propio.
- Valle, J. (1995). *Pajarería chilena*. Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.